

Así que, según ha podido verse por algunos de los hechos que hemos contado, los solitarios salían de tiempo en tiempo de su retiro para enseñar y predicar con el ejemplo. Libres de los cuidados mundanos, dice un historiador contemporáneo <sup>1</sup>, y de los de la familia, para no ocuparse sino de su alma, buscaban la perfección, consumiendo el cuerpo para aumentar las luces del espíritu. Los desiertos de la Tebaida estaban poblados de estos mártires voluntarios que se ejercitaban en obras de piedad y penitencia, estudiando la moral, pero sin mover discusiones ni despreciando á nadie. Se reunían para alimentarse de raíces y tejer esteras, ó para oír alguna lectura de los Libros sagrados, hecha por el decano, la cual servía de alimento á sus solitarias meditaciones. Sin pedir limosna, no la rehusaban. Algunos tenían un pequeño campo, con la idea de que el trabajo podía impedirles el ser cargosos á otro. Cada comunidad tenía su abad, y muchas comunidades dependían de un archimandrita.

Si los solitarios salían alguna vez de su retiro, la gente iba frecuentemente á buscarles. Los discípulos de San Antonio tuvieron que consentir, así como también el mismo patriarca, en recibir á no pocos visitantes. San Juan Crisóstomo decía á propósito de estas visitas: « Si un grande de la tierra va á verles, entonces es cuando se deja sentir más vivamente la nada de lo que el mundo ofrece de más magnífico. Allí veríais vosotros á un simple anacoreta, acostumbrado á cavar la tierra, ignorante de todas las cosas del siglo, sentado en un otero, al lado de un general hinchado con su poder y orgulloso por el mando de un numeroso ejército. Salen de la boca del solitario no viles aduaciones sino saludables consejos, sublimes discursos que serán de provecho al que los escucha, al menos, por todo el tiempo que durará esta santa aproximación. De allí

<sup>1</sup> Cesar Cantú, *Historia universal*, t. V.

saldrá con el alma levantada por los grandes pensamientos que habrá oído; pero ¡ ay! no tardará en volver á sujetarse al yugo de sus ideas mundanas. Para esos piadosos solitarios, el nombre de los grandes y el de los príncipes de la tierra, no son sino palabras vacías de sentido; se rien de su fausto y magnificencia, como nos reímos nosotros de aquellos niños que en sus juegos se titulan reyes.

---

#### DISCÍPULOS DE SAN ANTONIO<sup>1</sup>.

Entre los discípulos ó imitadores de San Antonio, de los que se ha hablado en la Vida del Santo ó en otros historiadores de aquel tiempo, hay algunos, cuya vida no pertenece verdaderamente á los Padres de los desiertos, porque ellos no hicieron más que pasar por la soledad. A este número pertenece San Pafnucio, obispo, que fué grande como tal, pero de quien nada se sabe como solitario. Sin embargo daremos aquí algunos detalles de él, á fin de mostrar qué hombres se formaban en el desierto, hasta para las luchas públicas.

Pafnucio era egipcio. El deseo de consagrarse á Dios sin reserva le llevó al monasterio de Pispir, del cual fué sacado para ser obispo en el Bajo-Egipto. Apareció en su sede episcopal como una lámpara sacada de debajo del celemin para alumbrar á los pueblos.

La persecución de Galerio, Maximiano y de Máximo Daïa (305-311) hizo resplandecer el valor de Pafnucio. Él fué del número de aquellos santos confesores á quienes se con-

<sup>1</sup>. Rufino, Paladio, *Vita patrum*, Socrates, Sozomeno, Teodoreto.

denó á las minas, despues de haberles vaciado y arrancado el ojo derecho y cortado el jarrete izquierdo. Muchos de ellos perecieron entonces cargados de trabajos y miserias, abriéndose de este modo, por medio de la tribulacion, el camino de la felicidad eterna. Pero Dios reservó á Pafnucio para nuevos combates y lo conservó á su Iglesia para la defensa de la fe contra los hereges como le habia generosamente sostenido contra los esfuerzos de los paganos.

El concilio general de Nicea, y luego el conciliábulo de Tiro, reunido por los artificios de los arrianos contra San Atanasio, fueron los grandes teatros en que se señaló en la defensa de la divinidad de Jesucristo. Asistió al primero con muchos santos obispos que, como él, llevaban sobre sí las señales de su constancia en las persecuciones de Diocleciano, Maximiano, Maximino y Licinio; señales insignes y tan gloriosas á los ojos de la verdad y de la Iglesia que ella guia, como habian parecido vergonzosas y humillantes á los ojos de los paganos. Además, ellas estaban realzadas en Pafnucio por el don de los milagros que Dios le habia comunicado; porque él arrojaba á los demonios con su palabra, y su oracion obtenia facilmente del cielo la salud de los enfermos y lisiados.

El emperador Constantino el Grande, que se hallaba presente en el concilio de Nicea, le consideraba como uno de los más grandes prelados que componian esta célebre asamblea y le trataba con una distincion particular, hasta llegar á llamarle frecuentemente á su palacio, en donde le besaba, con respetuoso afecto, el sitio del ojo derecho que habia perdido por la confesion del nombre de Jesucristo.

Despues de la celebracion del concilio, en el que tomó parte en todo lo que se arregló, tanto con relacion á la fe como á la disciplina, quedó constantemente unido á los prelados católicos. Su estrecha union con San Atanasio, que habia sucedido á San Alejandro en la silla de Alejandria,

y cuya causa era la de la fe, le incitó á seguirle al concilio de Tiro, á donde el emperador, prevenido por los arrianos, le obligó á comparecer para disculparse de las falsas acusaciones intentadas contra él.

San Atanasio fué allá acompañado de cuarenta y nueve obispos católicos de Egipto y de Tebaida, de los cuales Pafnucio era uno de los más considerables (Ruf. hist., l. 2. c. 4). Habiendo entrado en la sala, encontraron la asamblea compuesta casi toda de arrianos, que más bien se tenian por jueces que por colegas de San Atanasio. Pafnucio distinguió entre ellos á San Máximo de Jerusalen, á quien habian engañado, prelado católico y que habia confesado gloriosamente la fe durante la persecucion, y habia sido mutilado como él. Apenas le vió, atravesando por entre la muchedumbre, se fué derecho á él y, llamándole aparte, le dijo: « Teniendo el honor de llevar las mismas señales que vos, por lo que hemos padecido por Jesucristo, y habiendo perdido con vos uno de estos ojos corporales para gozar más abundantemente de la luz divina, no puedo sufrir el veros sentado en una asamblea de malos y trapaceros y formar fila con los obreros de la iniquidad. » En seguida le descubrió toda la conspiracion de los arrianos contra San Atanasio, impidió que suscribiera su condenacion y le unió para siempre á su comunión.

La historia no nos dice nada más de San Pafnucio; pero lo poco que de él nos ha conservado hace honor á la educacion que habia recibido en el monasterio de San Antonio y demuestra que en su tiempo fué uno de los más grandes obispos de la Iglesia, la cual hace mencion de él en el Martirologio, á 11 de setiembre. Ignórase en qué año murió.

San Apolonio, como San Póstumo, fué formado en el desierto, pero no se quedó allí, y es en otra parte donde hay que buscar su vida. Era señalado entre los solitarios más

piadosos y buscábanse sus enseñanzas, porque Dios le habia dado un maravilloso don de palabra. Fué elevado al diaconado. Abierta la persecucion, abandonó el desierto para visitar á los santos confesores detenidos en las cárceles por la fe de Jesucristo, animándoles á sostener valerosamente el honor del Evangelio ; lo cual produjo tan buenos efectos que sus palabras fueron como una fecunda semilla que procuró muchos mártires á Jesucristo.

Pronto participó con ellos del honor de sufrir por un tan buen señor. Los ministros del emperador hicieron un crimen de su zelo, se apoderaron de él y le metieron en la cárcel. Los paganos del lugar en el que estaba detenido, fueron á él en gran número para verle é insultarle, y uno de ellos, llamado Filemon, cuya habilidad en tocar la flauta formaba la alegría del pueblo, queriendo ser más que los otros, se puso á provocar al Santo más que ninguno, le llenó de reproches é injurias, llamóle impio, seductor, trapacero, digno del odio de todo el mundo y que merecia pronto la muerte.

Apolonio, que en la soledad habia echado los sólidos fundamentos de una virtud á toda prueba, no se desmintió en esta ocasion. Sufrió en silencio todo lo que el falso zelo y la ira hizo decir á este furioso ; y cuando le vió al fin de sus apóstrofes, no le respondió más que estas pocas palabras : « Quiera Dios, hijo mio, tener piedad de ti y no imputarte todo lo que acabas de decir. « Estas palabras, pronunciadas con la dulzura propia de los santos, hicieron impresion en Filemon, y llevando Dios la virtud á su corazon por medio de la gracia, cambióle de repente en otro hombre, pues se declaró cristiano ; y no contento con esta primera confesion, corrió al tribunal del juez y confesó la fe de Jesucristo en presencia de todo el pueblo.

El juez tomó esto como un juego y una broma, porque Filemon tenia fama de ser amigo de chanzas ; pero viendo

finalmente que hablaba de serio, le preguntó si habia perdido el entendimiento y cómo se habia vuelto loco en tan poco tiempo ; á lo cual Filemon respondió con un tono firme : « Más bien sois vos quien es muy insensato é injusto, puesto que condenais á muerte con tanta injusticia á los cristianos, que son hombres verdaderamente inocentes. Os declaro, pues, que soy cristiano y que no hay sobre la tierra gente tan buena como la que profesa esta religion. »

El juez no pareció ofenderse con esta respuesta. Por de pronto procuró ganarle con caricias ; pero, viendo que no adelantaba nada, presto pasó de las palabras dulces á la crueldad y le hizo atormentar con diversos géneros de suplicios. Tambien envió á sacar de la carcel á Apolonio, contra el cual le habia grandemente irritado la conversion de Filemon, y le hizo aplicar á más rudas torturas, acusándole de haber añadido la seduccion á la impostura é impiedad.

Apolonio, siempre igual á si mismo, dijole con su ordinaria dulzura : « Quiera Dios que tu y todos los que aqui están, sigais lo que en mí llamais error y seduccion ». Pero esta respuesta no hizo sino que agriar más al juez que mandó que él y Filemon fuesen quemados vivos. Cuando estuvieron en medio de las llamas, Apolonio, á quien el zelo de Jesucristo consumia más que el fuego material, le pidió en alta voz que confundiera el paganismo con la manifestacion de su divino poder. Su plegaria fué oida por todos los asistentes y, apenas la hubo él pronunciado, cuando una nube le rodeó á él y á Filemon, y el rocío de que estaba preñada estinguió completamente el fuego.

Esta maravilla dejó tan admirados al juez y al pueblo que todos gritaron que el Dios de los cristianos era el único grande y el único inmortal. El rumor se difundió muy pronto y llegó hasta los oidos del prefecto de Egipto que se encon-

traba en Alejandria ; pero muy lejos de moverse por él y de imitar el cambio del juez, que se habia convertido, envió á aquellos de sus oficiales que sabia ser más crueles, para que le trajesen á este magistrado, y juntamente con él á Apolonio y Filemon.

Asi que, cargados de cadenas, fueron estos conducidos á Alejandria ; y en el camino, Apolonio, lleno del espíritu de Dios, que puso en su boca palabras de vida, anunció la fe de Jesucristo á los que le conducian, y persuadióles tan bien que confesaron la fe delante del prefecto, y quisieron participar de los santos combates de sus prisioneros. El prefecto, encontrándoles inquebrantables, les condenó á todos á ser arrojados al fondo del mar ; no viendo este impio, dice Rufino, que esto no tanto era darles la muerte como un saludable bautismo. Quedaron alli ahogados por las aguas, pero esto fué para vivir eternamente.

El mar, que habia servido de instrumento á su martirio, no les negó al culto de los fieles. Devolvió sus cuerpos, echándolos á la playa. Los cristianos los enterraron en un mismo sepulcro, al que Dios hizo célebre por no pocos milagros, lo cual hacia que los pueblos iban á él en gran número á ofrecer sus votos. Rufino dice que él habia tenido la dicha de venerar alli sus reliquias<sup>1</sup>.

Demos ahora breves detalles de otros discípulos de San Antonio, que vivieron y murieron en el desierto.

*San Ammon.* — Este Santo vivió en una gran soledad. Se alimentaba solamente de pan. Sin embargo los ladrones fueron varias veces á turbarle. Queriendo finalmente impedir que le perjudicaran, internóse un dia en el desierto y mandó á dos grandes serpientes que le siguiesen ; púsolas á la puerta de su celda, y les dió orden de guardarla. Volviendo los ladrones para robarla, fueron sobrecogidos de un

<sup>1</sup> El *Martirologio romano*, señala la fiesta de San Apolonio y de San Filemon, el 8 de marzo.

tal horror, al ver á estos horribles animales, que cayeron en tierra sin sentidos.

Vióles el Santo desde su celda y al instante salió de ella, fué á levantarles y dijoles, reprendiéndoles de su dureza : « Ya veis que sois más crueles que estas bestias, puesto que ellas nos obedecen á causa de la sumision que tienen á Dios, mientras que vosotros no teneis temor alguno de su justicia, ni vergüenza de turbar el reposo de sus siervos. » Hízoles entrar en su celda, sentóles á la mesa, dióles de comer, y este prodigio, junto con su dulzura, les movió tanto, que se convirtieron é hicieron frutos dignos de penitencia.

Haciendo una serpiente espantosa desastres en las provincias vecinas, y habiendo ya muerto á muchas personas, las gentes del pais recorrieron á él para que les librara de este animal ; y con el fin de moverle más eficazmente á socorrerlas, quisieron excitar su compasion, presentándole al hijo de un pastor, á quien la sola vista de aquel animal habia hecho perder el juicio y al que su soplo envenenado habia hinchado completamente y puesto como muerto. El Santo por de pronto curó á este niño ; pero aun cuando estuviera determinado á hacer perecer á este mónstruo, no quiso prometerles nada. Solamente se fué al punto en el que estaba seguro de encontrarle y alli se puso de rodillas para hacer su oracion al Señor.

Pronto apareció la serpiente, inficionando el aire con un horrible hedor de su respiracion, con gritos y silbidos capaces de espantar á los hombres más intrépidos, y arrojóse sobre él para devorarle. Pero el Santo, sin desconcertarse, le dijo : « Que Jesucristo, Hijo de Dios te dé la muerte, él que debe hacer morir á la gran ballena. » Apenas hubo terminado este conjuro, cuando el animal vomitó su veneno con su vida y se partió por la mitad del cuerpo.

*San Onofre.* — La historia de San Onofre fué escrita